

# LA FORMACIÓN ESPIRITUAL DEL PRESBITERO: COORDENADAS Y RETOS

FRANCISCO JOSÉ LÓPEZ SÁEZ\*

Fecha de recepción: junio de 2018

Fecha de aceptación y versión final: julio de 2018

## RESUMEN

*El artículo reflexiona sobre el reto espiritual que supone la crisis por la que atraviesa el ser humano y la misma Iglesia, leyéndola como una crisis propiamente cristiana, impulsada por el Espíritu Santo. Comenta después, siguiendo la pista del episodio de la marcha de Jesús sobre el lago y el seguimiento de Pedro, algunos peligros actuales para una vivencia de la espiritualidad presbiteral auténticamente fecunda. Finaliza ofreciendo un texto patrístico que lee mistagógicamente el rito del saludo de paz del sacerdote y la respuesta del pueblo.*

**PALABRAS CLAVE:** espiritualidad sacerdotal, crisis de la esperanza, tentaciones del presbítero, mistagogía

## THE SPIRITUAL FORMATION OF THE PRESBYTER COORDINATES AND CHALLENGES

## SUMMARY

*The article reflects on the spiritual challenge posed by the crisis that humans and the Church itself are going through, reading it as a strictly Christian crisis, driven by the Holy Spirit. Along the lines of the episode of Jesus walking on the lake and Peter following, it then discusses some current dangers for a truly fruitful experi-*

---

\* Profesor de Teología Espiritual en la Universidad Pontificia de Comillas. franjolosa@comillas.edu

*ence of priestly spirituality. It finishes by offering a patristic text that mystagogically reads the priest's kiss of peace greeting and the people's response.*

KEY WORDS: priestly spirituality, crisis of hope, temptations of the presbyter, mystagogy

---

Dividiré mi reflexión en tres partes. En primer lugar, considero necesaria una mirada renovada a la situación de crisis espiritual que viven hoy la Iglesia y el sujeto humano en general. En segundo lugar, reflexionaré sobre algunos peligros y retos formativos que preocupan seriamente a la comunidad cristiana, y que interesa tener presentes en el discernimiento de los medios, y más aún y sobre todo, de los fines y horizontes hacia los que debe tender una sólida formación espiritual. Por último, propondré a la meditación un texto patrístico tomado de las Catequesis mistagógicas de Teodoro de Mopsuestia.

### **1. Las coordenadas espirituales del tiempo que vivimos: un tiempo de gracia para un corazón revuelto y huérfano de humanidad**

Basta con abrir lúcidamente los ojos para constatar que la crisis del tiempo que vivimos no afecta tan solo a algunos aspectos parciales del desarrollo humano, sino que se presenta como una honda crisis del espíritu mismo del hombre, es decir, de la concepción del significado último de su propia humanidad: se trata, por tanto, de una crisis de esperanza. El umbral que traspasamos es radical y, como todo umbral, cuesta quedarse desnudo de las referencias habituales y acoger la emergencia de lo que aflora y se presenta como desconocido y, por tanto, suscita el pavor. Unos ojos creyentes (iluminados espiritualmente por la esperanza cristiana) verán, sin embargo, en este traspaso de los tiempos y épocas los signos de una gracia singular, porque toda crisis supone, además de un “juicio”, según el sentido etimológico de la palabra *krisis*, también una oportunidad de crecimiento y de maduración, el anuncio de los primeros gérmenes de una mutación en el corazón del hombre<sup>1</sup>.

---

1. Hace ya algún tiempo, reflexionaba de este modo el filósofo francés Jean Guilton: «El estado en el que entra la humanidad al final de este siglo XX es un

Esta visión creyente, sin embargo, no conjura el peligro de una aniquilación de lo humano. Tras la proclamación, en efecto, un tanto usada de la “muerte de Dios” nietzscheana, se abre ante nuestros pasos el abismo de la “muerte del hombre”<sup>2</sup>, reducido en las concepciones normales proclamadas en las cátedras de antropología y en las series televisivas a la mera biología de un animal que ha tenido suerte. Resulta difícil hablar serenamente de una “naturaleza humana”, y mucho más fundamentarla de modo convincente en la dimensión espiritual. ¿Tiene aún sentido hablar del “espíritu”? No podemos, sin embargo, afrontar la dimensión de la espiritualidad, y tanto menos de la formación espiritual del presbítero, sin darnos cuenta de que en la recta comprensión del “espíritu” (y del “Espíritu”) nos jugamos la concepción de la identidad vocacional de la misma criatura humana y el destino último del mundo.

No debe extrañarnos el hecho de que la Iglesia misma se encuentre en un estado de crisis. Pero aquí el Espíritu urge en estos tiempos a un hondo discernimiento espiritual: lo que la Iglesia aporta a la humanidad en el desarrollo de su misión entre los pueblos, tiempos y culturas, desde

---

estado de *impasse*, en el sentido de que, en el horizonte de múltiples líneas de la evolución humana, se percibe como muy próximo el momento en el que la humanidad no podrá ya seguir prolongando su vía en la misma dirección (...). La marcha de las cosas nos produce esta impresión: es como si la humanidad, tras cincuenta mil años de existencia, se encontrase en presencia de un umbral que la obligase irrenunciablemente a la elección entre la aniquilación o la mutación. (...) Es sumamente excitante, para despertar la investigación, vivir en el periodo que precede a un traspaso de umbral, porque este periodo permite estudiar una discontinuidad de manera experimental. Toda emergencia anuncia la Emergencia suprema», J. GUITTON, *Epistémologie de la résurrection. Concepts préalables et Programme de recherches*, en *Resurrexit. Actes du Symposium international sur la Résurrection de Jésus (Roma 1970)*, Ed. Vaticana, Roma 1974, 127.

2. En realidad, como indica el sacerdote filósofo Yves Lacoste, la raíz de la crisis que hoy parece culminar su ciclo radica en una muerte de la esperanza teologal, es decir, precisamente tiene una raíz hondamente espiritual: «No es insensato decir que Dios “murió” porque los hombres dejaron de esperar verdaderamente en él, antes de “morir” porque los hombres dejasen de creer verdaderamente en él», J.-Y. LACOSTE, *Le désir et l'inexigible: pour lire Henri de Lubac*, en *Le monde et l'absence d'oeuvre*, PUF, Paris 2000, 54.

el primer envío misionero que los apóstoles recibieron de Jesús hasta la venida gloriosa de Nuestro Señor, no es otra cosa que la *crisis* permanente de la historia humana: la Iglesia es el seno donde se gesta la humanidad nueva y la nueva creación, un verdadero «laboratorio de la resurrección», como gustan de decir los autores orientales. Quizá nos encontremos en esta época ante la primera crisis auténticamente cristiana de la historia<sup>3</sup>. En este sentido, el pontificado del papa Francisco está suponiendo un tiempo de gracia, que nos provoca a estar *cristianamente* a la altura de la crisis que vivimos<sup>4</sup>. El reto que esta llamada del Espíritu plantea en todos los ámbitos, la crisis del Espíritu en el sentido de la crisis a la que el Espíritu invita y que él mismo incita con fuerza inusitada en nuestro tiempo, requiere una auténtica madurez espiritual y un talante recio para vivir con gozo el ministerio presbiteral.

El cambio de coordenadas plantea retos apasionantes. Se trata sobre todo de abandonar el modelo de la Iglesia como un organismo para-imperial o para-estatal, donde el ejercicio del ministerio sacerdotal ha asumido el carácter de un funcionariado dotado de un alto reconocimiento social, y la fe ha corrido el riesgo de convertirse en una moral pública o en un sistema abstracto de valores intelectuales, es decir, en una ideología que repite la mentalidad y el *modus operandi* de las estructuras del mundo, perdiendo todo el sabor evangélico de su propio ser sacramental y pascual. Una renovada teología espiritual, que recupere el filo de la gran Tradición del Espíritu bebiendo de las fuentes de los Padres y reflexionando sobre las claves de la fecundidad cristiana en las épocas auténticamente orgánicas<sup>5</sup>, debe impulsar en nuestros días la superación de la mentalidad excesivamente individualista con la que se ha vivido la fe cristiana en los últimos siglos. para redescubrir la espiritualidad como el desarrollo bautismal de

---

3. Cf. G. LAFONT, *Que nous est-il permis d'espérer?*, Cerf, Paris 2009.

4. El padre Lafont se ha expresado valientemente en este sentido, cf. G. LAFONT, *Petit essai sur le temps du pape François. Polyèdre émergent et pyramide renversée*, Cerf, Paris 2017.

5. Sobre estas claves, cf. M.I. RUPNIK, *Secondo lo Spirito. La teologia spirituale in cammino con la Chiesa di papa Francesco*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2017.

la vida nueva de los renacidos en Cristo en todos los ámbitos de la actividad del hombre, y la misma reflexión teológico-espiritual como el alma de toda la teología y de la visión del mundo.

Ciertamente, parece que los vientos se han desatado, la brújula de la espiritualidad, asustada, apunta revuelta a todos los polos buscando un norte estable, y sobre el mar solo hay tormenta y peligro cierto de hundimiento. Es aquí donde el Señor se deja ver de un modo misterioso: ¡caminando sobre las aguas! (Mt 14,24-27).

¿Qué emerge de estas aguas turbulentas de una crisis que presenta una doble faz, pero es única en su fondo, es decir, es humana y cristiana indisolublemente, profundamente? No lo sabemos. Situados en un umbral confuso y peligroso, en un traspaso de época lleno de posibilidades desconocidas y de nuevos peligros, tan solo podemos constatar que toda propuesta seria, definida, fundamentada, de una vida con sentido (una vida, por tanto, hondamente espiritual) tendrá que afrontar la aventura, como el valiente Pedro en el mar de Galilea, de caminar a pie desnudo por encima de las aguas encrespadas, a imitación del Maestro. Quizá sea esta la invitación del Espíritu a nuestra época: aprender a dibujar senderos en el agua, siguiendo los pasos del Viviente por encima del mar. Pero la tormenta asusta, y son muchos, ciertamente, los riesgos de hundirse cuando uno se mira a sí mismo y deja de ser sostenido por la poderosa mirada del Señor que camina sobre el lago. Quiero señalar ahora alguno de esos riesgos.

## **2. Peligros y retos para la espiritualidad del presbítero**

«Pedro le dijo: “Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua”. Él le invitó: “Ven”. Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: “Señor, sálvame”» (Mt 14,28-30).

Todo programa de formación espiritual debe afrontar los riesgos de la debilidad humana, dotar de medios al sujeto para que él mismo, conociendo su flaqueza y calibrando su posibilidad de hundimiento, busque con discernimiento a lo largo de su vida la mano fuerte del Señor que

levanta, perdona y salva de toda situación desesperada. Este esfuerzo de búsqueda en medio de la tormenta ha caracterizado en todo tiempo a la espiritualidad cristiana, y especialmente a la espiritualidad sacerdotal. Los acentos propios de cada época respecto a los medios y objetivos de la formación espiritual constituyen unas llamadas a interpretar de nuevo, con la verdadera creatividad del Espíritu<sup>6</sup>, la partitura, no por conocida y experimentada menos sorprendente e inédita, de la vida según el Evangelio. La vida espiritual transmitida por la tradición es auténticamente nueva en cada instante sin variar sus fundamentos, y cada generación está llamada a recibir de nuevo integralmente su riqueza y aportarle su voz imprescindible. Curiosamente, lo que nunca resulta nuevo son los caminos errados: aquí no hay más que repetición de repetición y solo repetición.

Siguiendo las imágenes del texto de la marcha del Señor y su discípulo presbítero sobre las aguas tumultuosas, podemos tipificar los peligros y errancias posibles del ministerio en dos actitudes que caracterizan las desviaciones del ministerio recibido, y que actualmente han de ser objeto de un cuidadoso discernimiento, ya desde la primera etapa de la formación espiritual para el presbiterado.

Imaginemos que el seminarista, neopresbítero o presbítero maduro, al sentir la falta de suelo firme sobre los pies, en vez de suplicar al Señor, aparte la mirada de los ojos del Señor y busque una solución en su propio esfuerzo y energías. Descubrirá entonces que todavía tiene fuerzas para nadar, y aprovechará la estancia en el lago para desarrollar las propias técnicas de supervivencia e irse poco a poco acercando a la orilla conocida donde, al menos, podrá vivir seguro hasta la muerte, sin morir precipitadamente en la terrible inseguridad en la mitad del lago. Con esta metáfora podemos comprender los riesgos espirituales de aquella actitud que el papa Francisco suele denominar como pelagianismo. La “huida hacia

---

6. La atención a la obra del Espíritu Santo en la formación espiritual del presbítero es una de las claves del reciente documento de la CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*, San Pablo, Madrid 2016.

adelante” para salvarse de toda inseguridad será en realidad una huida hacia atrás, un retraimiento del ministerio en forma de doble vida, un funcionariado más o menos ventajoso, una búsqueda de reconocimiento social ansiosamente motivada por la pérdida del sentido de la propia vocación, o una exigencia pertinaz y abstracta de un tipo de ministerio que no es el que la Iglesia ofrece, y que desearía en el fondo una pasarela ideológica para salvarse de las olas de la vida. Nuestro sujeto pelagiano terminaría despreciando las mediaciones de la debilidad, el valor del sufrimiento, la sabiduría espiritual de la paciencia y la alegría que sabe ver una semilla en lo que es imperfecto e inacabado.

Imaginemos que el que comienza a hundirse no es tan valiente como para emprender un viaje de huida con sus propios recursos ideológicos o con su fuerza deportiva, y saque sencillamente del bolsillo, sin abochornarse ante el Señor en pie ante él, el flotador salvavidas que tenía preparado “por si acaso”. Vivirá entonces un ministerio protegido por bolsas de aire, pero que le permitirán con todo cumplir su objetivo: sobrevivir. ¿Cuáles son estas bolsas de aire? Aquí el riesgo es muy grande para la comunidad cristiana, que tendrá que recibir un pastor sobrecargado del salvavidas de un autoritarismo autoprotector: quien está vacío por dentro ha de apoyarse en la imposición a los demás de formas seguras pero que ya no están cargadas de vida, o que él mismo no ha interpretado existencialmente con su propia fuerza vital, llenándolas de lo mejor de su persona. Muchos observan con preocupación cómo los neopresbíteros actuales, especialmente en la Iglesia española, tienen una espiritualidad devocional más propia de los años cincuenta que del siglo XXI. Si los medios espirituales no articulan interiormente, desde la propia libertad siempre despierta, el esqueleto que fortalece y da estructura a la persona, el sujeto no hará más que buscar caparazones para aislarse del mundo, en una especie de secta clerical o grupos de apoyo que impiden más que favorecen la auténtica integración en el presbiterio diocesano, llamado a servir hoy a la Iglesia y al mundo como una verdadera familia misionera que integre todas las vocaciones y estilos en la comunión eclesial, bajo la guía serena del obispo. Para este esfuerzo se requiere algo más que un «funcionariado» eclesial, lo que se requiere es una persona apasionada de la tarea apostólica, capaz de interpretar la partitura con una verdadera

comprensión de lo que cree y transmite, y el gozo de saber lo que está en juego en la belleza del ejercicio del ministerio, aunque uno nunca está a la altura de lo que el Señor le pide y le entrega. Sobreprotegidos de botes salvavidas, ¿sabremos ejercer una autoridad que haga auténticamente crecer (*auctoritas*, de *augeo*, aumento, hago crecer) a las personas en el descubrimiento de su carisma y misión?, ¿podremos acompañar el camino cristiano de los demás, despertando la conciencia del sacerdocio común de todo bautizado?, ¿tendremos una actitud de respeto y equilibrio en relación con la mujer?, ¿daremos a nuestra pastoral el debido carácter mistagógico, requerido para que el alimento de la Palabra y el sacramento que entregamos sean un verdadero alimento del encuentro profundo con Dios? y, sobre todo: ¿estaremos dispuestos a penetrar seriamente con nuestra inteligencia en el mensaje que transmitimos, o nos limitaremos a entregarlo de forma abstracta sin poner en él nuestra propia vida, una vida espiritualmente despierta?

La crisis del momento presente es una crisis de referencias cognoscitivas; es más: la vía cognoscitiva en cuanto tal parece haberse agotado, e inauguramos el tiempo de lo simbólico, de lo relacional. Se constata una necesidad de *forma*, de restauración simbólica para hacer posible la convivencia y orientar la relación. Se pone el acento en que el hombre es un ser de ejercicio, de práctica litúrgica. Se valora más que en otras épocas la *práctica* humana como fondo de verdad que hay que rescatar de las cadenas de cualquier teoría<sup>7</sup>. Pero para que la liturgia no se convierta en uno de estos caparazones o bolsas de aire salvavidas, una tarea espiritual de primera magnitud consiste en la búsqueda de una auténtica comprensión de aquello que se celebra y del significado del ministerio sacerdotal humilde pero apasionadamente ejercido. En este punto, la inteligencia experimentada en el estudio y la búsqueda profunda de las razones de la fe es condición indispensable de la libertad espiritual interior que un presbítero precisa. Sin búsqueda de fundamentación intelectual, acompañada de la escucha de los signos de los tiempos, se hincharían indebidamente las bolsas del fideísmo y del integrista, que ayudarían poco a la

---

7. Cf. el proyecto antropológico de Peter Sloterdijk, *Has de cambiar tu vida*, Pre-Textos, Valencia 2012.



maduración de los creyentes en nuestro mundo, en búsqueda de referencias serias y bien fundamentadas para su fe. Esta búsqueda de inteligencia es un problema propiamente espiritual, si lo espiritual se define como la integración de todas las dimensiones de la persona en una vida en el Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad que conoce el interior del hombre y «sondea las profundidades de Dios» (cf. 1Cor 2,10-11).

Los dos riesgos para el ejercicio de la misión del presbítero que hemos descrito, y que son tan viejos como el miedo y el pecado del hombre, se basan en una actitud verdaderamente preponderante de los tiempos que corren: la búsqueda de supervivencia, de donde la tendencia al individualismo, la búsqueda de compensaciones afectivas, la inseguridad de un sujeto que ya no ha sido educado en el sacrificio como fuente de vida para él mismo y para los demás.

Pero el Señor sigue ofreciendo su mano firme, en pie en medio de las aguas y sobre ellas: al nadador profesional hacia la orilla le recuerda que los senderos dibujados por sus pasos sobre el lago confuso del mundo son más seguros que los pasos que él busca ansiosamente por la orilla, porque esa tierra aparentemente segura será también, irremediablemente, el lugar de su muerte: cuanto más desarrolle sus propias fuerzas y caminos futuristas corriendo hacia la orilla más cerca estará de la bancarrota de su propio esfuerzo, mientras que el camino de un ministerio sobre el agua, sostenido siempre por la contemplación del rostro del Señor, inaugura en su pobre persona entregada y en la comunidad a él encomendada la vía de la resurrección. Hay más vida en medio del peligro del agua encrespada, aunque sea en forma de promesa y exija el sacrificio, que en la tierra firme salpicada de sepulcros.

Al que se ha quedado inmóvil sostenido por las bolsas de aire salvavidas de un formalismo sin vida y peligroso para la maduración en la libertad de la comunidad cristiana, le indica que la vida cristiana comienza con un hundimiento en el agua, y que precisamente nuestra misión es saber hundirnos pascualmente para experimentar verdaderamente la mano que salva. La perla no está escondida en el bote salvavidas, sino en el fondo del mar. De él emerge el Señor resucitado, dando la mano a quien, descubriendo su propia debilidad, grita confiado: «¡Señor, sálvame!».

### 3. «Contigo y con tu Espíritu»

Termino presentando un texto patrístico de carácter mistagógico. En la liturgia de la Iglesia del Oriente (antioquena y caldea), la respuesta del pueblo al saludo de paz del sacerdote: «La paz esté con vosotros» contiene toda una teología del ministerio sacerdotal; el pueblo responde: «Contigo y con tu Espíritu». El espíritu del celebrante, su propia persona, la fuente de su iniciativa libre, se ve al trasluz y como envuelta por el Espíritu Santo, la gracia recibida en su ordenación. Aparece una persona rodeada por otra, no en duplicidad esquizofrénica, que sería fruto de la autoexaltación del pobre hombre de barro que celebra, sino en figura del matrimonio de la carne con el Espíritu, el proyecto original de Dios en la insuflación de Adán.

Teodoro de Mopsuestia se detiene en sus catequesis mistagógicas en esta respuesta del pueblo, señalando la insuficiencia del propio espíritu personal para el cumplimiento de la tremenda tarea que el sacerdote ha de realizar, y para la que se requiere la docilidad al mismo Espíritu de Dios recibido en la gracia de la ordenación. El “yo” del mismo apóstol Pablo aparece descentrado, sus propias fuerzas abocarían al fracaso, pero en el sacerdote se saluda a otro Espíritu, al que el celebrante ha traspasado, en todos los ámbitos de su vida, el centro de su propia persona:

«35. “... El sacerdote reza después: Paz a todo el mundo”, lo cual es el anuncio de aquellos bienes magníficos de los que es el signo y la figura esta liturgia divina, que es el memorial de la muerte de Nuestro Señor, por medio de la cual nos ha sido prometida la grandeza de estos bienes y de otros del mismo género. “Y a esto los asistentes responden: Y a tu Espíritu”.

36. Es esta misma oración la que le devuelven ellos también: de este modo se hace manifiesto para el sacerdote mismo y para todos igualmente que no solo los otros tienen necesidad de la bendición y de la oración del sacerdote, sino que él también tiene necesidad de la oración de todos. Por consiguiente, según la regla establecida desde el comienzo, se ha de llevar a cabo la mención de los sacerdotes en todas las oraciones litúrgicas, junto a la mención de los otros, porque todos nosotros *somos un solo cuerpo de Nuestro Señor el Cristo* (1Cor 12,27)

y todos *nosotros somos miembros los unos de los otros* (Ef 5,27). Y con todo el sacerdote cumple el papel de un miembro más honorable que los otros miembros del cuerpo; voy a decir cómo. Representa el ojo o la lengua. En efecto, a semejanza del ojo, él ve las obras de todo el mundo y, con la solicitud del sacerdocio, corrige y devuelve al orden a cada uno según lo que conviene a la regla del sacerdocio; en el papel de lengua, presenta las oraciones de todos. Pero, del mismo modo que el ojo y la lengua tienen necesidad de miembros corporales que, estando bien adaptados a ellos, cumplan su función, —aún es necesario que estos miembros estén sanos y que su organismo esté bien constituido, si es que tienen al menos cuidado de cumplir sin reproche su función—, de la misma manera también, estando el sacerdote bien adaptado al cuerpo de la Iglesia, le es preciso ser sano en su orden, de modo que, después de haber dado prueba de la salud moral y sacerdotal que conviene, muestre entonces que merece su dignidad y que, para la comunidad, él cumple con utilidad lo que conviene a su función. Es por esto por lo que bendice a los asistentes con la proclamación de “paz”, y a cambio recibe de ellos la bendición en la respuesta que dan: “y con tu Espíritu”.

37. Ahora bien, no es a su alma a lo que se refieren por este “y con tu Espíritu”, sino a la gracia del Espíritu Santo, por la cual aquellos que le son confiados creen que él tuvo acceso al sacerdocio. Así dice el bienaventurado Pablo: *Dios, a quien sirvo en Espíritu en el evangelio de su Hijo* (Rm 1,9), pero no como si dijera: por el don de la gracia del Espíritu Santo, que me ha sido otorgada para que cumpla el servicio del Evangelio y para que todos vosotros os reunáis con el espíritu que es el mío; es decir: yo he recibido de Dios tener la capacidad de hacer esto y otras cosas semejantes, pero no he encontrado reposo para mi espíritu; es decir: yo no he podido cumplir lo que es necesario que haga aquel que sirve en el Espíritu Santo para la utilidad de todos, porque aquel que debía ayudarme estaba lejos.

38. De este modo, los que están reunidos en la Iglesia dicen al sacerdote: “Y a tu Espíritu”, según las reglas establecidas desde el comienzo de la Iglesia. Porque, en efecto, cuando va bien lo que concierne al sacerdote, es una ventaja para el cuerpo de la Iglesia, pero, cuando sufre lo que concierne al sacerdote, es un daño para la

comunidad, y todos rezan para que, por la “paz”, él tenga la gracia del Espíritu Santo; de este modo él se cuidará de lo que es necesario, y realizará como conviene la liturgia para la comunidad. Es así, sobre todo, en efecto, como el sacerdote tendrá la paz, por la abundancia de la gracia del Espíritu Santo, porque es por ella como recibe ayuda para los actos que de él se requieren, porque también en los otros asuntos, del mismo modo que en la liturgia, él hace ver que tiene la conciencia que conviene.

39. Así, habiendo tenido lugar la bendición, del sacerdote a los asistentes y también de estos a él, “el sacerdote comienza a dar la paz. Y entonces el heraldo de la Iglesia”, que es un diácono, “proclama, y ordena a todo el mundo darse la paz los unos a los otros”, de manera que hagan lo mismo que hace el sacerdote. Todos se dan la paz el uno al otro y, por medio de este beso, emiten una suerte de profesión de la unidad y caridad que tienen entre ellos. Cada uno de entre ellos da, en efecto, la paz a su vecino tal y como se encuentra: virtualmente, todos nosotros nos damos la paz los unos a los otros, porque en este acto hay una profesión de que todos nosotros, que nos hemos hecho el único cuerpo de Nuestro Señor el Cristo, es preciso que tengamos los unos con los otros la armonía que se da entre los miembros, amarnos igualmente los unos a los otros, sostenernos y ayudarnos los unos a los otros, y estimar los asuntos de los unos y de los otros como los asuntos de la comunidad, simpatizar en las tristezas los unos de los otros y regocijarnos de los bienes los unos de los otros, las tristezas los unos de los otros y regocijarnos de los bienes los unos de los otros<sup>8</sup>.

---

8. *Les Homélie cathédétiques de Théodore de Mopsuestie*. Reproduction phototypique du Ms. Mingana Syr. 561. Traduction, introduction, index par Raymond Tonneau en collaboration avec Robert Devresse, Studi e Testi 145, Città del Vaticano 1949, *Homilia XV (1ª sobre la Misa)*, 518-521.